



MUSICA

La música degenerada: una anécdota

Anastasio de Juan García

Dentro de los conciertos programados por el Festival de Otoño de Madrid del año 1994, se encuadraron una serie de ellos que, bajo el epígrafe de Preludio del Tercer Milenio, recogía música de compositores que fueron tildados de degenerados y prohibida su música en la Alemania del Tercer Reich, siendo sus autores, en el mejor de los casos, exiliados de su país.

En este grupo se inscriben músicos de la talla de Goldschmidt (1903), Krenek, Hindemith, Korngold (autor de partituras para el cine, amén de óperas tan geniales como *Die Tote Stadt*, de la que se recomienda grandemente su escucha en la versión de Erich Leinsdorf), Eisisler o Weill entre muchos otros, famosa y dolorosa en la anécdota de Berthold Goldschmidt, cuando en el año 1935 fue llamado al cuartel general de la Gestapo en el número 8 de la Prima-Albrecht Strasse, en Berlín, al llegar se acercó a los oficiales y les dijo:

«Buenos días. Ellos se pusieron de pie como si llevaran un resorte, dieron un taconazo tremendo (Goldschmidt acompaña esta descripción con una fuerte patada en el suelo) y, brazo en alto, me gritaron casi en la cara —Heil Hitler! Yo les miré y empecé a decirles: —Yo no soy de su partido, por eso he dicho buenos días... Uno de ellos, que se había quedado mirando la cédula que llevaba en la mano, me interrumpió y volvió a gritarme: —¡Pase ahí dentro! Bien así lo hice; era un despacho grande, con varias mesas, una sala de interrogatorios, con personas de uniforme, pero a mí me llamó, con un gesto en la mano, un oficial que iba de paisano. El estaba sentado y, como no me hizo ademán alguno de que me sentara, me que-

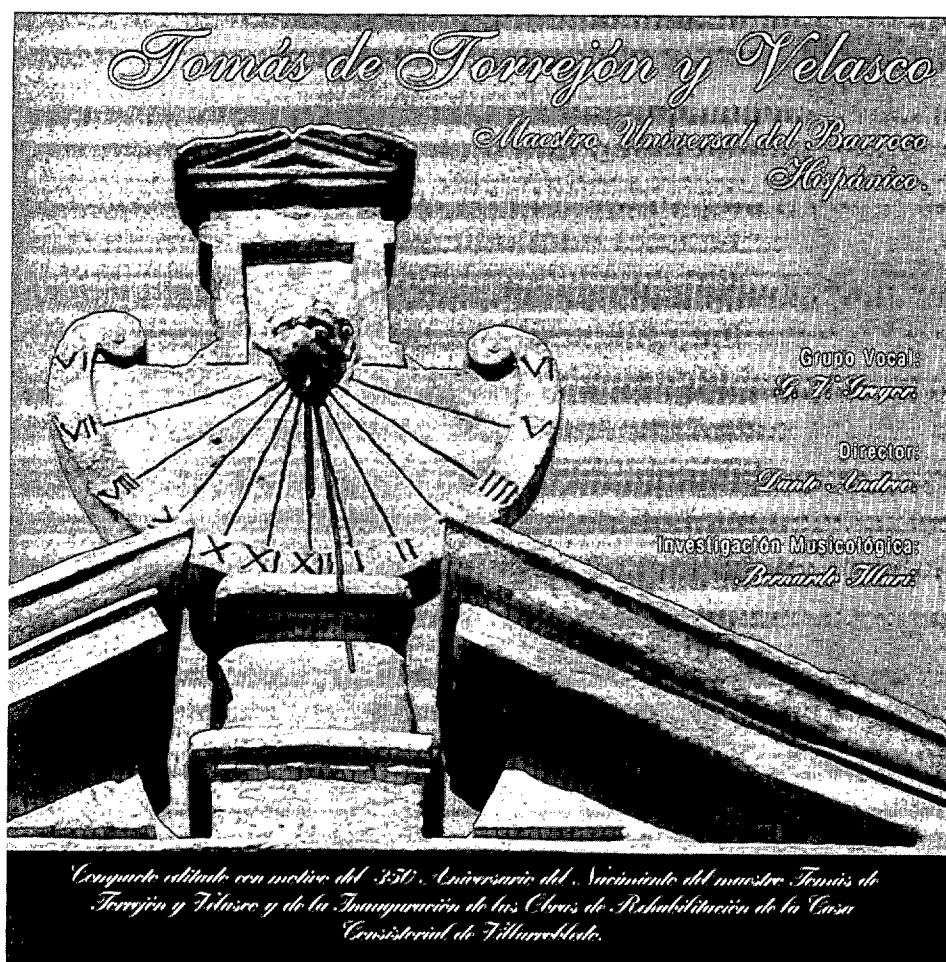
dé de pie ante su mesa. Sacó un expediente que llevaba mi nombre, y en donde vi mi foto, y se puso a analizarlo. Al cabo de un rato le dije —¿Puedo sentarme? El me miró como a un marcialino y me hizo un gesto afirmativo. Ya sentado frente a él me dijo —Aquí se dice que usted ha visitado Rusia, ¿es eso cierto? —Sí, he ido invitado a dirigir la Filarmónica de Leningrado. —Luego usted es un comunista, me dijo elevando su voz. —No, claro que no. —Nadie va a Rusia si no es comunista, debería saberlo. Su tono era casi triunfal. Yo le replique que, en los mismos días de mi viaje, también había estado en Rusia el escritor inglés George Bernard Shaw, y que no pensaba que él fuera un comunista. — Esa es su opinión, la realidad puede ser otra, me contestó. Todavía me quedaba un argumento: —Mire, le dije, en esos mismos días también estuvo en Rusia el equipo de pilotos de la flota de dirigibles alemanes, y no creo que ellos sean comunistas. Mi razonamiento no le hizo gracia: tomó un libro enorme de la mesa, no sé si era el directorio telefónico, y dio un fuerte golpe sobre la madera, mientras decía: —Sobre ese tema ya basta. Hubo unos segundos que se hicieron interminables, yo empecé a pensar con terror que mi suerte estaba echada. De pronto volvió a preguntarme: —¿De qué vive? —Soy músico, ahí lo dice. —Sí, pero tiene prohibido dirigir, y sus obras han sido retiradas, luego tampoco gana dinero como compositor; ¿de qué vive? —Doy clases privadas de música. —Sólo a los judíos... Esto último no era cierto, porque la mayor parte de mis alumnos eran arios sin sangre judía. —¿Cuánto cobra por cada clase? —Tres marcos. El me miró con cierto desprecio y me dijo. —Mi

hija paga cinco marcos por sus clases de piano. No sé por qué, nunca lo he sabido, en ese momento yo le hice una pregunta a él, algo inconcebible porque yo era el interrogado; le dije: —¿Qué música toca su hija? El me miró atónito, sorprendido de que, en tales circunstancias, yo tuviera la ocurrencia de hablarle tan familiarmente; luego, vacilando un poco, me contestó: —Schumann... las *Kinderszenen*... y Schubert, *Impromptus*, las primeras Sonatas. —Schubert, comenté yo, qué música tan hermosa ¿verdad? El asintió y luego se me quedó mirando, después se inclinó hacia mí y dijo, a media voz: —Márchese de este país lo antes posible. Luego cogió el expediente, lo cerró y lo guardó en un cajón de la mesa. —Puede irse, me dijo. Yo salí de aquel edificio, llamé a mis amigos, y aquella misma tarde organicé la partida con mi mujer. Dos días después nos íbamos de Alemania». Lo anterior está contado por el mismo a la revista *Scherzo*, en el número 83 de 1994.

Sirva la anécdota anterior como muestra de lo sucedido en aquellos años en Berlín, Viena, etc..., y siendo ese el destino de muchos compositores, siendo su música defenestrada de forma brutal, en una época de gran brillantez compositiva e interpretativa, pero donde se impuso, desgraciadamente, la fuerza del momento a la razón, el ruido de las botas a los acordes de la música de estos grandísimos compositores «degenerados».

Tomás de Torrejón y Velasco

La música viene ocupando un lugar más importante cada día, es un hecho evidente, así como el interés «in cres-



ciendo» que se produce, casi podríamos decir diariamente.

En España, si hace muchos años la vida musical se concentraba en cuatro o cinco capitales, para grupos reducidos, hoy día puede hablarse de actividad musical, casi diaria, en gran parte de la población española, y no sólo en capitales; una buena prueba de ello es la aparición de estos dos compactos, tan dispares entre sí como interesantes, de autores manchegos para todo el mundo.

El primero de ellos, por antigüedad en el tiempo de sus compositores, es el protagonizado por el Grupo Vocal Gregor, creado y dirigido por Dante Andreo en el año 1970, con un repertorio que abarca el Renacimiento Europeo y el Siglo de Oro Español, dedicándose especialmente en estos últimos años a investigar e interpretar las obras existentes en los archivos musicales de las catedrales y conventos de Hispanoamérica.

Fruto de esta investigación es el disco que nos ocupa, se trata de obras com-

puestas por *Tomás de Torrejón y Velasco*, músico nacido en Villarrobledo en 1644, pasando después a «hacer las américas», concretamente a Perú en 1667, siendo en esta ciudad, así como en Bolivia y Guatemala, donde desarrolló la mayor parte de su obra. Dicha obra se circunscribe dentro de lo que podríamos denominar barroco colonial.

Este disco nos desvela el tipo de música compuesto por Tomás de Torrejón: música vocal, en su gran mayoría religiosa, villancicos y canciones de diversa índole que nos hace descubrir a un compositor con grandes virtudes y que merecían haber tenido mejor suerte en nuestros días, extremo éste que en gran medida paliará este disco. El disco se escucha con gran agrado, siendo temas escritos en castellano y latín, castellano para las canciones y latín para las composiciones religiosas.

Por lo tanto disco recomendable, con una interpretación sólida, debida a un grupo que sabe y conoce lo que está interpretando (que ya es decir muchí-

simo), dándole a cada una de las obras su signo distintivo, no resaltando ninguna de las voces solista, dada su estu-penda labor de conjunto, añadiéndose el gran conocimiento de este gran músico barroco manchego.

Julio Sanz

El otro disco del que hablamos se trata de una música muy de hoy día, debida al músico *Julio Sanz*, compositor, fundador y coordinador de los Seminarios Internacionales sobre Música y Ordenadores de la UIMP de Cuenca, así como de las Muestras de Música Electrónica de Cuenca, amén de otros cargos.

El disco se inscribe dentro de la llamada música electroacústica, siendo en principio de difícil escucha para el oyente neófito en este tipo de lenguaje musical, pero interesante por todo lo que ello conlleva. Es de todo punto de vista elogiable que una ciudad como Cuenca, que tiene una Semana de Música Religiosa de reconocido prestigio, cuente también en su Conservatorio con un Gabinete de Música Electroacústica.

El disco «*Mandóme callar*» del compositor *Julio Sanz Vázquez* ha recibido el premio de la Tribuna Internacional de Música Electroacústica de la UNESCO.

